

Lope de Vega

# Las Grandezas de Alejandro

\*\*\*\*\*

## Índice

Las grandezas de Alejandro

Tragicomedia dedicada al excelentísimo señor el Duque de Alcalá, virrey y capitán general en el principado de Cataluña

Acto primero

Acto segundo

Acto tercero

\*\*\*\*\*

Tragicomedia dedicada al excelentísimo señor el Duque de Alcalá, virrey y capitán general en el principado de Cataluña

Cuánto importa el entretenimiento para que los cuidados no consuman el sujeto disputa Séneca en su libro de La Tranquilidad de la vida, y trae por ejemplo a Polión Asinio, aquel grande orador, que, en ciertas horas que descansaba, aun las cartas forzosas no leía *Legum conditores (dice) festos instituerunt dies, ut ad hilaritatem homines publice cogere, tanquam necessarium laboribus interponentestemperamentum*. No se puede entender esto mejor que de las comedias, que con pública alegría deleitan honestamente; y así, la autoridad de tan gran filósofo me ha dado atrevimiento de ofrecer ésta a V. Excelencia de entre la copia de cuidados de su gobierno, no para que imite tanto aquel orador riguroso, que en algún tiempo no incline los ojos a su historia, pues lo es tan verdadera siendo Las Grandezas de Alejandro, que no sólo se dirigen a V. Excelencia por este título, mas por el que pudiera merecer de sumo filósofo como lo fue Aristóteles, su maestro, pues no hay facultad en que V. Excelencia no sea eminente; cosa digna de mayor alabanza en un príncipe a quien su sola y natural virtud ha obligado a tan inmenso estudio, pues no habiendo nada para vivir de las letras, tanto las ha estimado y adquirido que alcanzará por ellas inmortal nombre.

Capellán de V. E,  
LOPE DE VEGA CARPIO.

## PERSONAS DE ESTA COMEDIA

ATALO.

PAUSANIAS.

DARÍO, Rey de Persia.

REY FILIPO.

ALEJANDRO.

LEÓNIDES.

MENÓN.

EFESTIÓN.

OLIMPIAS, madre de Alejandro.

ARIOBARZANO, persa.  
ROJANE, amazona.  
TIRRENO.  
TAMIRA.  
LISANDRA.  
ARSACES.  
FILIPO, médico.  
LIRANO.  
VILLANOS.  
TEPOLEMO, huésped.  
EL DUQUE HIRCANO.  
DOS MUJERES DE JERUSALÉN.  
REY DE EPIRO.  
CAMPASPE, dama.  
LISÍMICO.  
APELES.  
VITELLO, villano.  
AMINTA, dama.  
DIÓGENES, filósofo.  
UN CORREO.  
SEVERINO, soldado.  
TEBANDRO, embajador.  
DEYANIRA.  
POLIDORA.  
DOLOMINO, hortelano.  
EL SACERDOTE JADO.  
UN ÁNGEL.

Acto primero

Salen Atalo, capitán, y algunos soldados en tropa, y Pausanias.

ATALO Pasad delante, soldados:

no os paréis aquí.

PAUSANIAS Detente;

que entre los que están parados

hay algún noble que siente

de pensamientos honrados.

Y eso de alzar el bastón,  
no es hecho de capitán  
con los que tan buenos son  
que respetados están  
por sangre de Agamenón  
de su hijo Orestes fui  
clarísimo descendiente.

ATALO¿Cómo me hablas así?

PAUSANIAS¿No es respuesta conveniente?

ATALO¿Sabes lo que dices?

PAUSANIAS Sí.

ATALO ¿Y que soy Atalo sabes,  
cuñado del Rey?

PAUSANIAS También;

pero los hombres tan graves  
tratan sus iguales bien.

ATALO¿Que de igualarme te alabes!

Estoy...

PAUSANIAS Harto mejor fuera

que yo mi agravio vengara,  
y no dudes que lo hiciera  
si a Filipo no mirara,  
y su obediencia temiera.

Pero de tu gran malicia  
yo le pediré justicia,  
y sabrás con su castigo  
cómo se han de usar conmigo  
las leyes de la milicia.

Que, a no esperar con razón  
que sabrá dejar vengada  
mi honra en esta ocasión,  
yo te volviera la espada  
por donde vino el bastón.

ATALO ¡Prendedle!

PAUSANIAS ¡Quitaos allá!

Vase.

ATALOMas dejadle, que él irá



LEÓNIDES Llorando está.

FILIPO ¿Lloras?

ALEJANDRO Sí.

FILIPO ¿Qué es lo que te causa enojos?

¿Quieres tú quedarte aquí?

¿Amas la patria, o en ella

dejas algo de tu edad?

ALEJANDRO Ni de mis gustos ni de ella,

si te han dicho el amistad,

señor, de Campaspe bella,

siento soledad aquí;

no son lágrimas livianas;

que son de envidia de ti,

porque, si tú el mundo ganas.

¿qué has de dejar para mí?

FILIPO Todo el mundo conquistado,

Alejandro, ¿es poca herencia?

ALEJANDRO Mal entiendes mi cuidado,

porque ésta es la diferencia

en darme el mundo heredado.

Que me dejaras quisiera

que yo el mundo conquistara,

y que a mis pies le pusiera,

para que yo me alabara

de que por mí le tuviera.

FILIPO ¿Qué dices, Efestión?

EFESTIÓN Que es virtuosa ambición

la de Alejandro tu hijo.

FILIPO Ganarle quiero.

EFESTIÓN Eso dijo.

FILIPO Buenos pensamientos son.

Sale Pausanias.

PAUSANIAS Si la definición de la justicia

es dar a cada cual su justa parte,

¡oh, Rey de Macedonia! el que codicia

ser justo rey, su sangre deje aparte;

al estilo común de la milicia,

disciplina política de Marte,

tuve respeto al capitán que tengo,  
 de cuyo agravio a querellarme vengo;  
 no hice poco en detener la espada,  
 que ya la vaina por salir rompía,  
 quejosa de la mano, que, agraviada,  
 la debida venganza suspendía;  
 mas la obediencia a tu valor jurada  
 silvió de freno cuando más corría;  
 di la vuelta a la cólera, aunque fiera,  
 porque a tus pies parase la carrera.  
 Detenerse en corrillo diez soldados  
 cuando quieres salir, no es tal delito  
 que merezcan por él los más honrados  
 perder su honor, sobre la luna escrito.  
 ¿Bastón a un noble, a mí, que a mis pasados  
 añadido gloria aunque la suya imito?  
 ¡Justicia, Rey, o al Asia te irás solo!  
 FILIPO Tiene razón Pausanias, ¡por Apolo!  
 ¿Quién es el capitán que te ha ofendido?  
 PAUSANIAS Atalo, tu cuñado.  
 FILIPO ¿Mi cuñado?  
 Merece ser, por serlo, preferido,  
 aunque eres noble, a un popular soldado;  
 de un hombre que mi hermana ha merecido,  
 no sé cómo te llamas agraviado;  
 vete, Pausanias: que el soldado sabio  
 nunca de su mayor recibe agravio.  
 PAUSANIAS ¿De esta manera vas al Asia? Dime,  
 ¿así piensas llamarte Rey de Oriente?  
 ¿Quién quieres que a servirte, Rey, se anime?  
 ¡Qué buen principio de engañar tu gente!  
 FILIPO ¿No quieres tú que un capitán estime,  
 tan generoso, claro y excelente,  
 más que un soldado?  
 PAUSANIAS No, si es el soldado  
 merecedor de tu laurel sagrado.  
 Pero yo te aseguro que esto sea  
 parte para que el Asia, a que te partes,  
 jamás tus naves en sus puertos vea,  
 ni tremolen allá tus estandartes.



ATALO Calla, villano, ya.

FILIPO                      ¿Quién hay que crea  
tal libertad?

ALEJANDRO                      Mejor es que te apartes.  
Pausanias, del favor del poderoso.

PAUSANIAS; Forzadme, cielos, a un morir famoso!

Vase.

ATALO    ¿Esto has sufrido?

FILIPO                      Es noble este mancebo,  
y habló con el agravio; ven conmigo,  
que diferir, mientras me parto, debo  
de algunas libertades el castigo;  
pase la gente que contenta llevo  
donde me está aguardando mi enemigo,  
que tú verás si la justicia mengua.

Vanse todos; queda Alejandro.

ATALO Por ti la voz no le clavé en la lengua.

ALEJANDRO    ¡Qué contento al Asia parte  
mi padre, y qué triste yo,  
a quien con tal fuerza dio  
todas sus estrellas Marte!  
Ganado me ha por la mano  
el ser del mundo señor:  
¡cielos, usad de rigor,  
haced que venza el persiano!  
Dejadme la empresa a mí,  
estése queda la fama;  
que he menester, pues me llama,  
que toda se ocupe en mí.

Sale Olimpias, madre de Alejandro.

OLIMPIAS    ¿Estáis ya muy de partida?

ALEJANDRO; Oh mi madre, oh mi señora!

¿Quién duda que estáis agora  
cerca de perder la vida?

Vase Filipo, mi padre,  
a dificultosa empresa.  
OLIMPIAS¿De eso piensas que me pesa?  
ALEJANDROTendréisme amor como madre;  
pero mayor sentimiento  
os dará el Rey mi señor.  
OLIMPIASSi yo le debiera amor,  
fuera justo pensamiento:  
¡plegue al cielo, mi Alejandro,  
pues tantos males me ha hecho,  
que le sepulte el estrecho  
adonde yace Leandro!  
¡Plegue al cielo que sus naves  
se conviertan en sirenas,  
de la quilla a las antenas,  
rotas en pedazos graves!  
¡Plegue al cielo que su gente  
le venda al persa cruel,  
y que su verde laurel  
ponga la fama en tu frente!  
¡Plegue al cielo...!  
ALEJANDRO Ya los cielos  
se enojan; basta, señora:  
¿en qué te ha ofendido agora?  
OLIMPIASSoy mujer, rabio de celos;  
no me estima; quiere bien  
esas mujeres que trata.  
ALEJANDROBastante dolor te mata.  
OLIMPIASBastaba el menor desdén;  
que celos, no digo en seso,  
de mujer, que en el varón  
de más alta perfección,  
obligan a un loco exceso.  
Son, Alejandro, un furor  
que, en justo aborrecimiento,  
muda con rigor violento  
la calidad del amor.  
Amor, piadoso por sí,  
es con celos tan cruel  
que busca el daño de aquel

que adoraba más que a sí.

ALEJANDRO Con mi padre no es razón  
que uséis de crueldad tan fiera.

OLIMPIAS Cuando Filipo lo fuera,  
era bastante ocasión:

no es tu padre.

ALEJANDRO No han podido  
llegar los celos a más,  
pues ofendiéndote estás  
para dejarle ofendido.

Y entre esas ofensas, madre,  
¿no es menor mi bastardía?

OLIMPIAS De quien soy, hijo, confía  
que te he dado honrado padre.

ALEJANDRO Más que Filipo, ¿hay alguno?

OLIMPIAS Júpiter, dios inmortal,  
¿no es padre más principal  
que de la tierra ninguno?

ALEJANDRO ¡Júpiter! ¿Cómo?

OLIMPIAS ¿Tú ignoras  
que los dioses han gozado  
mujeres?

ALEJANDRO ¿Qué me ha engendrado,  
madre, el mismo dios que adoras?

OLIMPIAS Júpiter te ha dado el ser,  
Alejandro, con que vives;  
Divino valor recibes  
de su divino poder;  
mira si es la obligación  
que tienes para actos viles.

ALEJANDRO Si de la sangre de Aquiles,  
de Pirro y de Agamenón  
tanto se precian agora  
mil macedones y griegos  
desde los troyanos fuegos,  
¿qué haré yo de un dios, señora?

Y no dios de humilde esfera,  
sino el mayor; dadme, madre,  
los pies con tan alto padre.

OLIMPIAS Detente, Alejandro, espera;

esos agradecimientos  
muestras a los cielos amigos.  
ALEJANDRO No he menester más testigos  
que mis propios pensamientos.  
Alma, ¿soy su hijo? Sí,  
porque no cupiera en vos,  
a no ser hijo de un dios,  
lo que he pensado de mí.  
Este deseo, este celo  
de ser señor de la tierra,  
sólo es digno del que encierra  
tan alta parte del cielo.  
Si tengo este ser divino  
de mi gran padre heredado,  
no es mucho lo que he pensado  
si de su valor me vino.  
Olimpias, adiós; que el mundo  
es corto para esta mano;  
yo seré Alejandro el Magno,  
yo Júpiter el segundo;  
partiremos cielo y suelo  
los dos porque no haya guerra;  
yo seré dios en la tierra,  
pues lo es mi padre en el cielo.

Vase Alejandro y entra Pausanias.

OLIMPIAS Notablemente animé  
contra su padre el valor.  
PAUSANIAS No os quejéis, divino honor,  
de que venganza no os dé,  
porque ya pensando vengo  
de dar la muerte a Filipo,  
y a la vida os anticipo,  
que es el mayor bien que tengo.  
Los caballos dejo a punto  
en que me pienso escapar.  
OLIMPIAS ¿A quién tratas de matar?  
PAUSANIAS ¡Matar!  
OLIMPIAS Eso te pregunto.

PAUSANIAS ¿Miras tú los pensamientos?

OLIMPIAS No, que a tu lengua lo oí.

PAUSANIAS Señora...

OLIMPIAS Fía de mí

mayores atrevimientos,  
si mayores pueden ser  
que matar a un Rey tirano.

¿De qué te turbas en vano?

PAUSANIAS De ver que eres su mujer.

OLIMPIAS Es verdad; pero celosa,  
que, con rigor de la injuria,  
ya no soy mujer, soy furia;  
di que soy mujer furiosa.

Pausanias, no hay que temer,  
porque no han hecho los cielos  
fuego mayor que en los celos,  
ni celos como en mujer.

¿Qué te ha hecho este tirano?

PAUSANIAS Mayor agravio me ha hecho,  
porque no me ha satisfecho  
del que me hizo un villano.

Estoy, Reina, sin honor;  
pedí justicia a mi Rey;  
pero no es común la ley  
donde hay interés o amor.

Atalo me puso al pecho  
su bastón; Filipo dice  
que es justo; yo satisfice  
con mi obediencia al derecho  
de capitán y de Rey;  
mas pues él no me ha vengado,  
de vasallo ni soldado  
no me ha de alcanzar la ley;  
Atalo viva; no quiero  
de Atalo venganza ya;  
Filipo me pagará  
mi honor.

OLIMPIAS Defenderte espero;

y ¡por vida de la vida  
de Alejandro que te trato



desde las puertas de la blanca aurora!

FILIPO Si ella volviere a Macedonia honrada,  
tuyo será el provecho. ¡Hola, Leonides!

¿En qué se tarda mi Casandra amada?

LEÓNIDES Ya viene, gran señor.

PAUSANIAS ¿Por qué me impides,  
temor cobarde, de tan alto hecho,  
la gloria que ha de dar envidia a Alcides?  
¿No he de morir? Pues muera satisfecho.

Dale, y huye.

FILIPO;Ay, que me han muerto!

ALEJANDRO ¡Oh, cielos, un tirano  
pasó a mi padre el inocente pecho!

LEÓNIDES Pausanias es.

REY Seguidle.

ALEJANDRO ¡Oh, fiera mano!

REY;Cielos, tan temerario atrevimiento  
pudo caber en pensamiento humano!

ALEJANDRO;Padre! ¡Ah, padre! ¡Ah, señor! Ya en breve aliento,  
envuelta el alma noble, al cielo parte,  
rompiendo alegre la región del viento.

REY Ya tiene igual en sus esferas Marte,  
y desde allí, como marcial estrella,  
puede, Alejandro su influencia darte.

ALEJANDRO Todas mis esperanzas pongo en ella.

Llebad al Rey a Olimpia, capitanes;  
arrastrad las banderas y pendones  
con que pensaba hacer temblar el Asia;  
cubrid las cajas y los blancos yelmos  
de negro luto, y den común tristeza  
con roncadas lenguas las trompetas sordas;  
decidle que no, voy acompañándole  
por no atreverme a resistir sus lágrimas.

Sale Efestión.

EFESTIÓNYa queda el temerario mozo muerto,  
atravesado de diversas lanzas;





LEÓNIDES

El laurel toma.

Póngale el laurel.

ALEJANDRO Primero, amigos, sacaré la espada.

REY No resplandece más gallardo Marte.

EFESTIÓN ¡Viva Alejandro!

ALEJANDRO Júpiter reciba  
vuestros deseos.

TODOS ¡Alejandro viva!

Vanse, y sale Campaspe, dama de Alejandro y Lisímaco.

CAMPASPE ¿Qué quieres tú que te dé  
por las albricias?

LISÍMACO Si es justo

que yo las pida a mi gusto,

y el tuyo, Campaspe, fue,

sólo te quiero pedir

de Alejandro, mi señor,

la gracia.

CAMPASPE Él te tiene amor;

poco habrá que persuadir.

LISÍMACO Para mí, ninguna cosa

de más valor puede ser.

CAMPASPE Si hoy llego a ser su mujer,

¿qué mujer fue tan dichosa?

Que ya es Rey, que ya ha llegado

al laurel de mi deseo;

por ser mi bien, no lo creo,

capitán, ¿hasme engañado?

LISÍMACO Júpiter, Campaspe bella,

me fulmine si te engaño.

CAMPASPE ¡Bravo atrevimiento!

LISÍMACO Extraño,

o fuerza de alguna estrella.

No le aproveché venir

de dos Alejandros tales

en medio.

CAMPASPE Somos mortales:

no hay resistencia al morir.  
¡Quién le vio ya de partida  
para ganar el Oriente,  
y ve, Alejandro, tu frente  
del mismo laurel ceñida!  
No goza el sol ningún hombre  
hasta la noche seguro;  
mas ¿cómo encubrir procuro,  
Rey de mi alma, tu nombre?  
Vive tú, reina, corona  
tu cabeza; el instrumento  
alabo.

LISÍMACO            ¡Justo contento!  
CAMPASPEFilipo muerto, perdona;  
que, como a Alejandro adoro,  
deseo verle señor  
de Macedonia; su amor  
templa de tu muerte el lloro.  
Confieso que me ha causado,  
más que pesar, alegría,  
porque con la vida mía  
tu muerte hubiera comprado.

Lisímaco, cierta estoy  
que vendré a ser su mujer.  
LISÍMACOYo no le he visto querer,  
no, ¡por la fe de quien soy!

A mujer con tal extremo:  
eres la vida que vive;  
mas a verle te apercibe.  
CAMPASPEViene el sol, sus rayos temo.

Sale Alejandro muy galán, con laurel, y Efestión.

Mil años gocéis, señor,  
de Macedonia el laurel:  
¡qué bien parecéis con él!  
Aumentado habéis mi amor.  
No os iguala, mi Alejandro,  
con ese bastón famoso,  
el vencedor generoso

del hijo fuerte de Evandro.  
 Ni así pareciera Aquiles  
 sobre Troya airado y fiero,  
 aunque más le ensalce Homero  
 en sus conceptos sutiles.  
 Dadme a besar esas manos;  
 bien sabéis que es justa ley,  
 mi vida, pues sois mi Rey.  
 ALEJANDRO; Por los cielos soberanos  
 que si yo te agrado a ti  
 de verde laurel ceñido,  
 que nunca me has parecido,  
 Campaspe, tan bella a mí;  
 y que diera por tener  
 un retrato, prenda mía,  
 del traje con que este día  
 mi laurel vienes a ver,  
 todo este reino heredado!  
 EFESTIÓN La alegría siempre aumenta  
 la hermosura; está contenta  
 de verte el laurel sagrado.  
 Y baña en claveles rojos  
 y pura nieve la cara,  
 y como en mañana clara  
 relumbra el sol de sus ojos.  
 CAMPASPE Si de esta suerte os agrado,  
 hoy me pienso retratar;  
 que os quiero, Alejandro, dar  
 de mi alegría un traslado.  
 ALEJANDRO De jazmines y claveles  
 a lo menos lo darás;  
 que os quiero, Alejandro, dar  
 de mi alegría un traslado.  
 EFESTIÓN ¡Señor!  
 ALEJANDRO Llama a Apeles:  
 retrate de mi Campaspe  
 la celestial hermosura,  
 mientras hace su figura  
 Lisipo en mármol o jaspe.  
 ¡Viven los dioses, que estoy

loco de mirarte así!  
Nunca más reinaste en mí  
que hoy, Campaspe, que Rey soy.  
Pedidme todos mercedes,  
que a ti no hay más que te dar:  
que si en mí puedes reinar,  
todo cuanto quieras puedes.

Salen Efestión y Apeles.

EFESTIÓN Con tabla, naipe y colores,  
Apeles viene a servirte.  
ALEJANDRO Apeles, no hay qué advertirte;  
hoy las estrellas, las flores,  
pintas al cielo y al suelo,  
hoy al mismo sol retratas;  
tu fama, Apeles, dilatas  
con admiración del cielo.  
Hoy de la naturaleza  
has de ser competidor.  
APELES Suspense estoy, gran señor,  
de contemplar su belleza.  
Nunca tan pródigo vi  
al cielo de su hermosura.  
ALEJANDRO Siéntate.

Siéntense Apeles y Campaspe.

APELES Está la pintura  
corrida de verse aquí.  
Las colores no podrán  
competir con las que ven;  
el arte y mano también  
cobardes de verla están.  
¡Cielos, pintores divinos!  
Es, Prometeo, mi fama,  
que os pretendo hurtar la llama:  
¡muerto soy! ¡Qué desatinos!  
No creo que más turbado  
con el carro del sol fue

Faetonte, que aquí se ve  
mi pensamiento abrasado.

ALEJANDRO ¿Qué dices?

APELES Digo, señor,  
que de una rara figura  
nadie entiende la hermosura  
como un perfecto pintor.

ALEJANDRO Yo sabré quererla bien  
si tú entenderla sabrás.

APELESY tú la quisieras más  
si la entendieras también.

ALEJANDRO Basta al bien, para quererle,  
ser bien si no le entendemos;  
que también a Dios queremos  
y es imposible entenderle.

APELES Rindo la ignorancia mía;  
que ya sé que tu maestro  
Aristóteles más diestro  
te dejó en filosofía  
que en las colores el mío.

¡Cielos, no acierto a pintar!

ALEJANDRODe ver a Apeles turbar  
me pesa.

APELES En vano porfío.

¿Qué importa poner aquí  
toda la fuerza del arte,  
si está amor por otra parte  
haciendo burla de mí?

Pinta tu belleza Apeles  
en este naípe, y amor  
al alma con tal rigor,  
que hace las flechas pinceles.

Extraña desdicha ha sido,  
que en el que yo vengo a hacer  
no te puedas parecer  
por lo que me has parecido.

Si pinto los ojos, ciego;  
si la boca, mudo estoy.

ALEJANDROAmigos, perdido soy;  
por la luz conozco el fuego.

¡Vive Júpiter sagrado  
que, de retratar Apeles  
a Campaspe, los pinceles  
el ciego amor le ha tomado!  
Y le ha pintado en su cara  
de suerte, que he visto en ella  
que está muriendo por ella.  
EFESTIÓN Debe de ser que repara  
en su mucha perfección.  
ALEJANDRO De parar y reparar,  
he perdido con mirar  
lo mejor del corazón:  
deja, Apeles, el retrato.  
APELES Pues ¿no quieres que le acabe?  
ALEJANDRO No sabrás.  
APELES El cielo sabe  
que me ha sido el arte ingrato,  
ciego de tanta hermosura.  
ALEJANDRO Muestra a ver: no le parece;  
mas no es mucho si se ofrece  
aquí como en niebla obscura;  
porque si el alma te viera,  
adonde la has retratado,  
Apeles, con más cuidado,  
yo sé que se pareciera.  
APELES ¡Señor!  
ALEJANDRO No me des disculpa  
de amar ni de aborrecer;  
que si culpa puede haber,  
yo soy quien tiene la culpa.  
Mas porque veas que soy  
mejor pintor con el dar  
que tú para retratar,  
el original te doy.  
Mira si soy liberal,  
y no a tu pincel ingrato,  
pues que te pago el retrato  
con darte el original.  
Allá despacio procura  
retratarla, que ha de ser

tu mujer.

CAMPASPE                   ¿Yo su mujer?

ALEJANDRO Cuelga esta rica pintura  
entre tus cuadros, ¡oh Apeles!

APELES ¿Es tu grandeza o es ira?

ALEJANDRO Que soy Alejandro mira.

APELES Hoy consagro mis pinceles  
al templo del dios de amor:

dame esos pies.

ALEJANDRO                   La belleza

que te he dado es la grandeza

que hasta agora hice mayor;

riquezas y estados di

sin haberlas heredado,

pero el alma no la he dado,

Apeles, sino es a ti.

APELES Fama tus hechos te den

perdurable e inmortal;

nunca he pintado tan mal

ni me han pagado tan bien.

Mas yo te juro pintar

un cuadro de aquesta historia,

que al templo de la memoria

sirva de famoso altar.

ALEJANDRO ¿Lloras, Campaspe?

CAMPASPE                   ¿No quieres

que sienta perderte?

ALEJANDRO No,

pues Apeles te ganó.

CAMPASPE Mira que Alejandro eres;

mira que sin esto es ley

justísima mi dolor,

pues vengo a ser de un pintor

cuando fui reina de un Rey.

ALEJANDRO Campaspe, mira que el cielo

se agravia, y su mismo autor,

porque fue el primer pintor

de la fábrica del suelo

en dar vida, en dar belleza

a las cosas con colores;

mira que son los pintores  
segunda naturaleza.  
De un rey, si tengo valor,  
no pudieras tú emplearte  
en más elevada parte  
que en el alma de un pintor.  
Y es justo que te consueles  
de ver su hermosa figura,  
porque se halle tal pintura  
sólo en la casa de Apeles.

CAMPASPE Antes dirá, quien supiere  
que fui de un rey macedón,  
que fue por mi imperfección  
cuando en su casa me viere;  
que ya no tengo valor,  
pues por faltas que me hallaste  
a aderezar me enviaste  
a la casa de un pintor.

ALEJANDRO Mas antes dirá quien vio  
que tu amor me satisfizo,  
que si Alejandro te hizo,  
Apeles te reparó.  
Estima el arte divino;  
bien casas; tu boda apresta:  
ve con Dios.

CAMPASPE Grandeza es ésta,  
mas parece desatino.

APELES Tú verás presto en mi trato,  
Campaspe bella, mi amor.

EFESTIÓN Triste vas.

ALEJANDRO Dile a un pintor  
el alma por un retrato.

APELES Ven, mi Campaspe, y no llores,  
aunque es de amor justa ley;  
que si Alejandro era Rey,  
yo soy rey de los pintores.

Vanse, y salen Leónides y Atalo, capitanes.

LEÓNIDES Alejandro en Corinto fue elegido



por general del Asia contra Darío.  
ATALO Parece que comienza a ser temido.  
LEÓNIDES A lo menos comienza temerario.  
ATALO Ya, de marciales hábitos vestido  
previene el aparato necesario.  
LEÓNIDES La gente acude.  
ATALO Aficionada viene:  
tal es la fama que en Europa tiene.  
Están por lista ya treinta mil hombres.  
LEÓNIDES Un pecho liberal y generoso  
es piedra imán.

Salen Vitelo, villano, y Aminta, dama, en hábito de soldado.

AMINTA Camina y no te asombres;  
que no has de ser soldado y temeroso.

VITELO Contento voy de que soldado nombres  
un villano que ayer, tan perezoso,  
los bueyes de su arado iba siguiendo,  
y de sudor la tierra humedeciendo.

¿Por quién preguntaremos?

AMINTA Éstos creo,  
Vitelo, que serán los capitanes.

VITELO ¿Quién es aquí Alejandro?, que deseo  
servirle.

LEÓNIDES ¡Buenos mozos!

ATALO ¡Y galanes!

AMINTA Déjame hablar a mí.

VITELO Si yo me veo  
una vez con aquestos tafetanes,  
a fe que han de saber los de mi tierra  
lo que medran los buenos en la guerra.

ATALO Amigos, Alejandro está en palacio:  
si os queréis alistar, venid conmigo;  
mas vos, ¿cómo vinisteis de esta suerte,  
que el traje que traéis no es de soldado,  
sino el que trae el que traéis al lado?

VITELO En los montes de Corinto  
guardaba cabras, señor,  
tan pocas que para ciento

faltaban noventa y dos.  
Vestíame en el invierno  
de los copos de algodón  
que descuelga de las nubes  
el viento, murmurador.  
Y en el ardiente verano,  
de los enojos del sol,  
haciendo cama la hierba  
sobre alfombras de color.  
Con poco trigo sembrado  
tenía, gracias a Dios,  
para cinco tiernos niños  
y un ángel que los parió.  
Vino por aquella tierra  
un envidioso pastor,  
que al buen amo que tenía  
mis amores le contó.  
Quitóme mis prendas caras,  
pedazos del corazón,  
y enviólas a otra tierra:  
lloran ellas, muere, yo.  
Quedé como en verde chopo  
querelloso ruiñón,  
cuando le comió los pollos  
de su nido pardo halcón.  
Lloré soledades tristes,  
canté endechas de dolor,  
como pajarillo en jaula,  
y cautivo en la prisión.  
Maldije mis enemigos,  
pero no me aprovechó;  
que nadie sintió mis males,  
sino quien supo de amor.  
Faltaban horas al tiempo,  
sobraban a mi dolor,  
porque menguaban los ríos,  
y los de mis ojos no.  
En medio de estas desdichas,  
donde sin remedio estoy,  
por mi cabaña una noche

este mancebo pasó.  
No le di el faisánpreciado,  
ni el vino espirando olor;  
no sábanas que amortajan  
al avariento señor.  
Dile en la tejida encella  
el cándido naterón,  
miel virgen en su alcornoque,  
blanco pan, que allí nació;  
la cama de pieles blancas,  
donde algunas veces yo  
no tuve envidia a los reyes  
y me envidiara el mayor.  
Contóme como pasaba  
Alejandro macedón  
a la conquista del Asia;  
y aunque humilde labrador,  
vengo a servir de soldado,  
por no ver con ambición  
los tántalos de su hacienda,  
los sabios de su opinión,  
la infamia en camas de seda,  
la virtud en un rincón;  
en las mujeres el oro,  
en los hombres el dolor,  
oprimida la verdad,  
levantada la traición;  
la ciencia en los hospitales,  
los necios llenos de honor,  
los amigos, todos falsos;  
y por eso, huyendo voy  
adonde muera sabiendo  
la mano que me mató.  
LEÓNIDES ¿Qué te parece el villano?  
ATALO Habla en sus desdichas bien.  
AMINTA Mi vida os diera también,  
aunque los contara en vano,  
notable contento y gusto;  
mas viene el Rey.

ATALO Ven conmigo;

que quiero hacerte mi amigo  
aunque labrador robusto.  
VITELO Dadme, os suplico, una espada.  
Veréis el hombre que soy.

Vanse Atalo y Vitelo.

LEÓNIDES A solas contigo estoy;  
¿eres mujer?

AMINTA Mas no, nada;  
hombre y muy hombre.

LEÓNIDES No sé  
si te crea.

AMINTA Bien podrás.

LEÓNIDES Malos indicios me das.

AMINTA ¿No asiento con aire el pie?

¿No piso con bizarría?

¿Tengo afeminada voz?

¿Piensas que en hablar feroz  
consiste la valentía?

Pues hombre soy, tan valiente,  
aunque me miras burlando,  
que puedo solo, luchando,  
cansar diez hombres, y aun veinte.

LEÓNIDES Ahora bien, en la ocasión  
sabremos presto quién eres.

AMINTA ¿Qué mal pueden las mujeres  
encubrir su imperfección!

De Alejandro enamorada,  
vengo en el traje en que estoy.

Salen Alejandro, Efestión y Lisímaco.

ALEJANDRO Muchacho dicen que soy:  
veinte años tiene mi espada;  
yo, otros veinte; luego ya,  
si hay entre los dos cuarenta,  
podremos dar buena cuenta  
de lo que a mi cargo está.

EFESTIÓN Demóstenes, como sabes,

gran retórico de Tebas,  
es autor de aquestas nuevas,  
que con palabras süaves  
se ha mostrado a la ciudad,  
contra tu honor, elocuente.

ALEJANDRO Castigaré prestamente  
su opinión con mi verdad.

LISÍMACO Otros dicen que eres muerto,  
y tus capitanes matan.

ALEJANDRO ¡Qué bien los griegos nos tratan!

ATALO Está todo el mundo incierto  
de la esperanza que das.

ALEJANDRO Atalo, si se ha de poder  
algo en el mundo, ha de ser  
con la presteza no más;  
yo iré con tanta, que vea  
el retórico hablador  
que, aunque mozo, tengo honor;  
y porque más presto sea,  
a media noche saldré  
de la ciudad donde estoy.

ATALO ¿Tan presto?

ALEJANDRO A fe de quien soy  
que no meta en cama el pie;  
dame, amigo Efestión,  
esa bola de metal.

ATALO ¿Para qué es invención tal?

ALEJANDRO He hecho aquesta invención  
para tenerla en la mano,  
mientras duermo, de esta suerte,  
porque al caer me despierte.

ATALO ¿Sueño quieres tan liviano?

ALEJANDRO En el rey y el capitán,  
ha de ser el sueño así;  
dejadme un momento aquí:

¡Qué soldado tan galán!

¿Quién eres?

AMINTA Quieres dormir,  
y quiérote yo despierto.

ALEJANDRO Que no dormiré te advierto.

AMINTANo te lo quiero decir  
delante de tanta gente;  
cosa soy que hizo acaso  
la naturaleza.

ALEJANDRO Paso,  
que te entiendo llanamente.

Vanse los capitanes.

Nunca el hombre quiere hacer  
lo que no es su semejante;  
término, ha sido elegante,  
conozco que eres mujer.  
Venme a ver cuando quisieres;  
que en tiempo que con rigor  
da cuidado el santo honor,  
no han de ocuparle mujeres.

Vase Aminta; siéntase Alejandro en una silla con la bola en la mano.

ALEJANDROVen, sueño, y no te detengas,  
que has de volver cuando vengas;  
bien ves la priesa en que estoy.

Duérnese, y entra Vitelo ya de soldado gracioso, con cuera, plumas y espada.

VITELo Hasta su mismo aposento  
de Alejandro pude entrar:  
que en no se mandar guardar  
conozco su pensamiento.  
Vengo en traje de soldado  
a que me conozca el Rey;  
conocer es justa ley  
el que es dueño al que es criado.  
Quiero saber por quién voy  
a matar persas, y es bien  
que conozca el Rey también  
quién le sirve, pues yo soy.  
El está aquí, ¡santo cielo!  
¡Sí duerme, durmiendo está!



VITELO                                    ¡Muerto soy!  
ALEJANDRO ¿No me sigues?  
VITELO                                    Tras ti voy.  
ALEJANDRO    ¿Te vas? ¡Yo haré que me veas!

Vanse,y sale Diógenes vestido como salvaje, de pellejos, con una escudilla.

DIÓGENES    Puro, divino cielo,  
libro donde se escribe  
la más alta y mejor sabiduría,  
al engañado suelo  
otras letras prohíbe  
de las que en ti se ven la noche y día.  
La divina armonía  
de tus esferas miro,  
tu sol, luna y estrellas,  
leyendo siempre en ellas  
la omnipotencia de tu autor, que admiro,  
pues todo cuanto encierra  
influyen a los hombres en la tierra.  
¡Oh campos generosos,  
que con abierta mano  
me sustentáis de frutos diferentes;  
jardines siempre hermosos  
para el regalo humano,  
cubiertos de esos techos transparentes!  
A vos, hermosas fuentes,  
vengo con sed agora;  
no traigo vasos de oro,  
que el barro humilde esmalta y sobredora;  
que en barro a beber viene  
quien es de barro y de quebrarse tiene.  
Vivan los altos reyes  
de púrpura vestidos;  
mortales son: no tengo que envidiallos:  
hagan, deroguen leyes,  
y tengan oprimidos  
reinos, provincias, mares y vasallos;  
sin armas, sin caballos,  
en estas soledades



fui señor de mí mismo,  
del mar, del hondo abismo,  
pirámides, palacios y ciudades;  
que, aunque aforismo fuerte,  
no hay tal filosofar como en la muerte.

Sale un correo.

CORREO Con una carta de Antígono  
vengo con notable priesa  
a dar aviso a Alejandro  
de la libertad de Tebas.  
Sed me aprieta: ¡oh fuente clara!,  
de limpios cristales hecha,  
en ti me echaré de pechos.  
DIÓGENES ¿Es posible que éste beba  
sin vaso, y que traiga yo  
esta escudilla? ¿Hay simpleza  
como la mía? ¿Yo soy  
el filósofo de Grecia?  
¡Vive Dios que he de quebrarla,  
y beber como éste en ella!  
CORREO Ya he bebido y refrescado  
el cuerpo. ¿Eres hombre o piedra?  
¿Cuánto habrá de aquí a Corinto?  
DIÓGENES Habrá media legua apenas.  
CORREO Pues adiós.

Vase el correo.

DIÓGENES Guárdete el cielo,  
maestro, pues hoy me enseñas  
a beber sin otra ayuda.  
¡Oh sabia naturaleza!  
Cajas sienta, y cerca están;  
sin duda es gente de guerra;  
dichoso el que vive en paz;  
dadme asiento, humilde cueva.

Suenan cajas; salga toda la gente y Alejandro detrás.



VITELO; Esa es maravilla nueva!  
AMINTA; Haslo visto tú ni oído?  
VITELO; Luego no?  
AMINTA                   ¿De quién se cuenta?  
VITELO De esta bota.  
AMINTA                   Marcha.  
VITELO                   Vamos.  
AMINTA; Cielos, el alma me lleva!

## Acto segundo

Salen Darío, Rey de los persas, Menón, Teleo y soldados.

DARÍO   ¿Que se atreverá, Menón,  
ese Alejandro a pasar  
al Asia?  
MENÓN       De la opinión  
que ya empieza a ganar  
podrás saber la razón.  
DARÍO; Por Júpiter, que estoy loco  
si son ciertas esas nuevas!  
MENÓN   Tan ciertas, que yacen muertos  
noventa mil hombres ya,  
que estaban de verle inciertos.  
DARÍOY   ¿dónde dicen que está?  
MENÓNMuy cerca de nuestros puertos;  
que los esclavos vendió,  
y a sus soldados les dio  
todo aquel grande tesoro;  
que a precio de plata y oro  
sus voluntades compro;  
los que de su poca edad



que ya a vuestras plantas veo  
su loca temeridad.  
Decid a ese temerario  
mozuelo, atrevido, ciego,  
arrogante, loco y vario,  
para que se rinda luego,  
que sois la gente de Darío.

Vase.

MENÓN ¡Qué fácil le ha parecido  
el rendir este mancebo!  
TELEO También tú, Menón, has sido,  
siendo su nombre tan nuevo  
y apenas del Asia oído,  
con el Rey muy porfiado.

MENÓN ¿Quién te mete a ti, soldado  
de la guerra, en los consejos  
donde no hablan los viejos  
y viene el Rey engañado?

TELEO La razón de ver que asombres,  
con Alejandro y sus viles  
soldados, tan fuertes hombres.

¿Qué Héctor, qué Eneas, qué Aquiles,  
para que a Darío le nombres?  
Es un muchacho liviano,  
cuyas grandezas fingidas  
ocupan al viento vano.

MENÓN No digas más.

TELEO No me impidas...

MENÓN ¿Cómo no?

TELEO ¡Detén la mano!

MENÓN ¡Detener! con esta daga  
detendré tu injusta mengua.

TELEO ¡Muerto soy!

MENÓN No te doy paga  
para que diga la lengua  
lo que la espada no haga.  
Si eres a Darío fiel,  
sirve de otra suerte a Darío;





Como me has visto saltar  
en ti del mar el primero,  
cree que seré el postrero  
que vuelva después al mar.  
Ya sale toda mi gente;  
Asia, tiembla; que ha salido  
del mar el fuego, encendido  
que ha de abrasar el Oriente.

Salen todos los que puedan del ejército de Alejandro, Efestión, Leónides,  
Aminta, con su hábito de hombre, y Vitelo.

EFESTIÓN Danos a besar los pies.  
ALEJANDRO Haberme los pies besado  
con que hoy el Asia he pisado,  
agüero de imperio es.  
Alzaos todos; pues, Aminta,  
¿vienes buena?

AMINTA Y de tal suerte,  
que triunfando de la muerte  
hoy el corazón me pinta;  
no traes soldado aquí  
que tenga más corazón.

ALEJANDRO Efectos, Aminta, son  
de los brazos que te di.  
Quien a Alejandro se llega,  
participa su valor;  
que el valor es como olor,  
que adonde toca se pega.  
Pues, amigo Efestión,  
ya estamos en Asia, ya  
Alejandro en Asia está,  
¿qué te dice el corazón?

EFESTIÓN Que tu valor y ventura,  
del mundo te harán señor.

ALEJANDRO Mucho el celestial valor  
tan grande empresa asegura;  
la parte que tengo humana,  
es de Alcides; la divina,  
de Júpiter, que me inclina



a empresa tan soberana.  
Todos sabéis que soy dios  
igual al que rige el suelo;  
que este imperio y el del cielo  
tenemos entre los dos.  
Del mundo seré señor;  
y si mi padre no fuera,  
no sé si el cielo estuviera  
seguro de mi valor.

Salen Vitelo y Ariobarzano, persa.

VITELo Aunque el más humilde y roto  
de los que en tu campo vienen,  
y en la guerra y la paz tienen  
para tus consejos voto,  
soy el primero que preso  
te traigo en Asia un persiano.

ALEJANDRO No te has alabado en vano:  
la obligación te confieso.

¿Dónde le hallaste?

VITELo Venía  
por esas peñas al mar,  
codicioso de mirar  
tu armada.

ALEJANDRO Extraña osadía.

VITELo Derribéle de un flechazo  
el caballo, y cayó en tierra,  
y después en buena guerra,  
cuerpo a cuerpo, brazo a brazo.

ALEJANDRO Hombre fuiste de valor,  
que el persa lo muestra en sí;  
yo me serviré de ti  
en ocasiones de honor:  
denle treinta mil ducados.

VITELo No tengo en qué los llevar,  
pero quiérotelos dar  
a cambio, señor, prestados,  
para que cuando volvamos  
a la patria me los des.

ALEJANDRO ¿Qué quieres por su interés cuando a Macedonia vamos?

VITELO Sólo que digas que fui quien dineros te prestó.

ALEJANDRO Sí haré, si dices que yo fui quien los mismos te di.

Di, persa, ¿está lejos Darío?

ARIOBARZANO Cerca, y más cerca Menón.

ALEJANDRO ¿Quién?

ARIOBARZANO Un griego de nación, capitán de tu contrario.

ALEJANDRO ¿Espérame?

ARIOBARZANO Junto a un río que por fuerza has de pasar.

ALEJANDRO Luego ¿querrá pelear?

ARIOBARZANO Ya lo verás en su brío; aunque a Darío, aconsejó que a Macedonia enviase su armada y te molestase, y el persa no lo creyó forzado de la arrogancia de su gente.

ALEJANDRO ¿Contra mí tienen arrogancia?

ARIOBARZANO Sí, y esperanza de ganancia.

Y agora que yo te veo tan mozo, estoy por pensar que te debe de engañar, más que el valor, el deseo.

Para decir a una dama requiebros, estás galán, mas no para capitán que emprende tan alta fama.

¿Es posible que en tus años han cabido pensamientos de tantos atrevimientos?

¡Ay de tus locos engaños!

¿Quieres oír de qué suerte camina Darío?



Luego vienen los parientes  
de Darío, persas y medos,  
que son hasta quince mil.

ALEJANDRO ¿Quince mil?

ARIOBARZANO Sí.

ALEJANDRO ¡Santo cielo!

ARIOBARZANO Decirte de éstos el traje

es imposible, mas puedo

asegurarte que al sol

le pueden servir de espejo;

piedras y telas que visten

le desafían ardiendo;

las piedras vencen sus rayos,

las telas a sus cabellos.

Luego vienen los que traen

todos los vestidos regios,

en maletas de brocado

cordones de aljófar llenos.

Tras éstos camina Darío

en un carro, donde creo

que, sin poderse vencer,

arte y poder compitieron.

Sobre diez caballos blancos

un yugo de piedras hecho,

donde hay diamantes tan grandes

que es locura encarecellos;

sobre él dos estatuas de oro,

la Guerra y la Paz, y en medio,

con una imperial corona,

el águila de su imperio.

Doscientos hombres le cercan

de sus más cercanos deudos,

cuyos sayos persas cubren

soles de perlas a trechos.

Con éstos viene la guarda

de catorce mil piqueros

con las picas plateadas

y de oro puro los hierros.

Luego treinta mil soldados

cierran todo el rico ejército,





Si te di libertad sin conocerte,  
mejor agora, y este anillo mío.  
ARIOBARZANO Recíbolo, por prendas de quererte;  
y ¡por el claro, sol, que al padre mío  
tengo de dar con estos brazos muerte  
para darte de Persia el señorío!

Vase.

ALEJANDRO Espera, Ariobarzano.  
EFESTIÓN Ya se parte.  
ALEJANDRO Bárbaro, en fin; alegre estoy, ¡por Marte!  
Ea, soldados, que Menón espera;  
venzamos éste, y demos sobre Darío.  
LEÓNIDES ¡Por Júpiter, que es mozo temerario!  
Antes que saques la temida espada,  
visita el templo de la gran Minerva.  
ALEJANDRO ¿Es éste?  
EFESTIÓN ¿No le ves?  
ALEJANDRO Abrid las puertas.  
LEÓNIDES Ya están, señor, a tu grandeza abiertas.

Sobre un altar se ve a una mujer en forma de la diosa, con un arnés y un morrión, su lanza en la mano, y en la otra un escudo.

ALEJANDRO Minerva, querida hermana,  
mi viaje empieza aquí;  
la divina que hay en ti,  
ayude mi parte humana.  
Hijo de Júpiter soy;  
alarga ese fuerte escudo  
con quien tanto el griego pudo;  
que la palabra te doy  
de no te le hacer cobarde.  
AMINTA No tomes nada a la diosa;  
por menos la belicosa  
Grecia tomó a Troya tarde.  
¿No te acuerdas de la cierva?  
ALEJANDRO No se le quiero tomar,  
que los dioses saben dar;

dámele, hermosa Minerva.

Alargue la diosa el escudo, y désele.

ALEJANDRO Soldados, notable agüero  
de nuestra felicidad:

dióme el escudo; marchad,  
mía es el Asia. ¿Qué espero?

Ven, Aminta, y no te asombres.

AMINTAMinerva a tu lado viene.

EFESTIÓNHasta con los dioses tiene  
ventura.

LISÍMACO Es rey de los hombres.

Vanse, y sale Rojane, amazona, vestido corto, muchas plumas, daga y espada,  
y otras dos con ella al mismo traje, Tamira y Lisandra.

ROJANE ¿Con esta carta te envía?

TAMIRAÉsta, señora, me ha dado.

ROJANENo debe de haber hallado  
lo que por ti le pedía.

LISANDRA Lee la carta, y sabrás,  
Rojane, la causa.

ROJANE Creo  
que lo fue ser mi deseo  
menos cierto cuando es más.

¿Al campo, llegaste?

TAMIRA Fui  
de Arsaces bien recibida.

ROJANEY ¿suénase la venida  
del gran Alejandro?

TAMIRA Sí;  
ya está en Asia, y tomó tierra  
junto a Propontis y Troya.

ROJANEToma, ¡oh, Tamira!, esta joya.

TAMIRA¿Albricias temiendo guerra?

ROJANE ¡Ay, amigas, tiempo es ya  
que sepáis mi atrevimiento!

Ningún mortal pensamiento  
seguro de amor está.



La fama de este mancebo  
por mis oídos entró  
al alma, donde estampó  
este Aquiles, este Febo.  
Yo, de sus hechos vencida,  
quise las señas saber  
de su persona, y poner  
adonde el alma la vida,  
si conformaba su talle  
con su nombre generoso,  
para que este mi amoroso  
deseo fuese a buscallo,  
y tuviese un hijo de él,  
como es costumbre amazona.  
TAMIRAY señas de su persona  
no pueden, Reina, caber  
en el pliego que te he dado.  
ROJANERetrato le pedí yo.

Abre la carta.

LISANDRALee.

ROJANE ¡Ay, Dios!

LISANDRA ¿Qué te envió?

ROJANEUn Alejandro cifrado  
dentro este naipe venía.

LISANDRAMuestra a ver.

TAMIRA ¡Qué mozo es!

LISANDRAAún no tienen veintitrés  
años tanta valentía.

TAMIRA Veinte dice en letras griegas.

LISANDRA¡Bello rostro, hermoso mozo!

ROJANEEn los hombres el bozo,

si a considerarlos llegas,  
como en el árbol la flor:

la barba, el fruto; las canas,

las ramas secas, cercanas

del frío invierno al rigor.

Árbol florido es agora

Alejandro.

TAMIRA Si has de ser  
de un hombre mortal mujer,  
¿qué es lo que aguardas, señora?  
Si has de tener hijos ya,  
¿de quién serán más valientes,  
ni más hermosos?

LISANDRA Que intentes  
buscarle en razón está.

ROJANE De manera me ocupé,  
Lisandra, en mirarle aquí,  
que la carta no leí,  
ni letra apenas miré.  
Dadme licencia, retrato  
de un hombre que es sol, que es Dios,  
para que pueda sin vos  
estar este breve rato.

¿Qué decís? Dice que sí;  
parece que hablando está.

TAMIRA Vivo te parecerá.

ROJANE Vivo está, pues vive en mí.

Lee así:

«Tantos retratos había  
de Alejandro en toda Grecia,  
por lo que ya el mundo precia  
su grandeza y valentía,  
que muchos malos pintores  
le retrataban, por ver  
que ganaban de comer  
con el nombre y los colores.

Y así, Alejandro mandó  
dar licencia sólo a Apeles,  
de cuyos raros pinceles  
este retrato salió.

Para sacarle de Darío,  
que le quiso conocer,  
tú puedes echar de ver  
lo que ha sido necesario.

Haz cuenta que viendo estás

su rostro, porque es pincel,  
que dice el arte que en él  
no puede alcanzarse más.  
Porque en sus colores mengua,  
y todos le dan la palma,  
es ése el rostro; que el alma  
se ha de pintar con la lengua.  
De la cual sólo diré,  
ya que en lo imposible toco,  
que el mundo parece poco  
para estampa de su pie.»

¿Qué os parece?

LISANDRA

Que la fama

no ha sido en esto parlera.

ROJANE; Oh, espejo en quien reverbera  
del sol del alma la llama!

¡Oh, imagen de aquel valor  
de quien ya tiembla la tierra,  
nuevo dios Marte en la guerra,  
nuevo Cupido en amor!

¡Oh, mancebo generoso,  
a quien ya la envidia tira  
rayos de venganza e ira,  
guárdete el cielo piadoso!

Que primero que te acabe  
tu misma virtud, diré  
dónde te retrataré  
sin ser yo pintor tan grave.

Haya sucesión de ti  
en retratos verdaderos,  
y sean de los primeros  
los que has de tener en mí.

Vamos, Lisandra, Tamira,  
vamos a ver el mancebo  
más bello que ha visto Febo  
en cuantas naciones mira.

TAMIRA ¿Determinaste a que sea  
Alejandro el que te goce?

ROJANE Pues ¿cuál hombre se conoce  
que tantas glorias posea?



no envidia que a Héctor dices  
la muerte, ni tus hazañas,  
ni que en naciones extrañas  
gloriosa tu espada hicieses.  
Envidia que hayas tenido  
aquel divino poeta  
Homero, a quien no sujeta  
tiempo, envidia, muerte, olvido,  
por coronista famoso,  
pues con su verso divino  
a hacer inmortales vino  
tu fama y nombre dichoso.

EFESTIÓN ¿Lloras?

ALEJANDRO ¿No he de llorar?

Por más que Aquiles hiciera,  
si Homero no lo escribiera,  
ya se empezará a olvidar.  
Y de aquí a un siglo presumo  
que no hubiera de él memoria,  
porque tanta fama y gloria  
debe su espada a su pluma.

Dadme esas flores, que quiero  
cubrir el sepulcro adonde  
el tiempo veloz esconde  
tan gallardo caballero.

Coronad con esos ramos,  
soldado, al grande Aquiles;  
que no son envidias viles  
éstas con que aquí lloramos.

Sino de grandeza llenas,  
con que la virtud nos llama,  
si hay pluma que nos dé fama;  
que en un siglo hay una apenas.

VITELLO No digas eso, señor;  
que por muchas que hay en Grecia,  
en tu campo hay quien se precia  
de coronista mayor:

y no éste sólo, que hay mil.

ALEJANDRO Vitelo, escribir a todos  
se concede de mil modos;

pero es un cansancio, vil  
cuando no es con perfección:  
el poeta ha de nacer.

VITELo ¿En qué se han de conocer  
los que verdaderos son?

ALEJANDRO En el arte y natural  
que hacen las obras perfectas,  
y que todos los poetas  
de aquél sólo digan mal;  
porque es más claro que Apolo  
que no le iguala ninguno,  
cuando todos se hacen uno  
para perseguir a un solo.

VITELo Si quieres ver al poeta  
que tus hazañas escribe,  
yo le traeré.

ALEJANDRO ¡Marte vive,  
que me huelgue!

VITELo Sólo aceta,  
señor, su buena intención.

Vase por él.

ALEJANDRO Cuando yo se lo mandara,  
con la intención me pagara.

Salen Vitelo y el poeta con un libro.

VITELo Aquí viene Demofón.

DEMOFÓN Dame tus pies.

ALEJANDRO ¿Eres, di,  
el que escribe mis victorias?

DEMOFÓN Yo intento cantar tus glorias.

ALEJANDRO Lee a ver.

DEMOFÓN Comienzo así:

Lea.

«Canto del hijo divino  
de Júpiter y de Marte

las armas.»

ALEJANDRO Ya en esa parte  
has dicho un gran desatino.

DEMOFÓN ¿Cómo?

ALEJANDRO Dos padres me das.

DEMOFÓN Hablo yo de los planetas

a quien nacieron sujetas

tus inclinaciones; mas

Júpiter te dio el reinar;

y Marte te dio el vencer.

ALEJANDRO Éste debe de saber...

DEMOFÓN Sólo procuro imitar.

ALEJANDRO ¿Estudiaste?

DEMOFÓN Sí, señor.

ALEJANDRO ¿Dónde?

DEMOFÓN En Atenas oí

a Xanto.

ALEJANDRO A escribir de mí,

¿qué te movió?

DEMOFÓN Tu valor.

ALEJANDRO Prosigue, y venme a leer

lo que escribes cada día;

que aún sospecho que podría

valerte mi parecer. ¿Peleas?

DEMOFÓN Cuando no escribo,

y escribo si no peleo.

ALEJANDRO Tengo de honrarte deseo,

y lo pienso hacer si vivo.

Hazle dar para papel

veinte mil ducados luego.

DEMOFÓN Indigno a tus plantas llevo.

ALEJANDRO Vete, Efestión, con él.

¿Así vuelve?

DEMOFÓN ¿Qué me quieres?

ALEJANDRO La tinta se me olvidó;

denle otros diez mil.

DEMOFÓN Si yo

tengo de escribir quién eres,

muy poco papel me has dado,

y poca tinta, señor.

VITELOOlvidaste lo mejor.  
ALEJANDRO;Cómo!  
VITELO Pluma.  
ALEJANDRO Haste engañado;  
yo, para cualquiera suma,  
puedo darle lo que él llama  
tinta y papel; mas la fama  
es quien le ha de dar la pluma.  
AMINTA ¡Divino ingenio!  
ALEJANDRO Esperad;  
cajas son éstas.  
LEÓNIDES Señor,  
apercibe tu valor,  
pide a Júpiter deidad:  
¿ves este río?  
ALEJANDRO Muy bien.  
LEÓNIDESPues el paso, que es forzoso,  
te defiende el valeroso  
Menón.  
ALEJANDRO La gente prevén,  
que le habemos de pasar.  
LEÓNIDES¿El río? ¿Cómo, señor?  
ALEJANDROImitando mi valor,  
porque yo os quiero guiar.  
AMINTA Tente, Alejandro, y advierte  
que es un hecho temerario.  
ALEJANDRONo quiero que piense Darío  
que acá se teme la muerte.  
AMINTA Él dice que viene luego  
para ayudar a Menón.  
ALEJANDROEntrad, que estas aguas son  
pequeñas para mi fuego.  
AMINTA ¿No veis que da al mar tributo  
por aquí?  
ALEJANDRO No hay que temer;  
yo me las sabré beber,  
y pasaréis a pie enjuto.

Saque la espada, y síganle, y éntrense, y después de haber fingido un poco de guerra, salen Darío y Ariobarzano, su hijo.



DARÍO¿Dónde quieres hablarme?

ARIOBARZANO

Es de importancia

que te retires, gran señor, conmigo.

DARÍODel campo no ha de ser larga distancia,

que está cerca el ejército enemigo.

ARIOBARZANO¡Cielos! Aunque es cruel exorbitancia,

y que obliga a temer vuestro castigo,

matar un hijo a un padre yo no creo

que nace de mí mismo mi deseo;

secreta fuerza vuestra he sospechado

que me ha forzado a que le dé la muerte;

salid, daga, y pasad.

DARÍO

Qué, ¿estás turbado?

ARIOBARZANO¡Túrbame, padre, una ocasión tan fuerte;

miro tan cerca al enemigo airado,

con ánimo y con fuerza de ofenderte...

Agora es tiempo.

DARÍO

Déjale blasone,

para que de sus triunfos me corone.

ARIOBARZANO ¿Qué aguardo? ¿Qué me turbo?

DARÍO Ya sospecho,

que le tendrá mi capitán vencido;

del río el paso es por extremo estrecho;

ya de su sangre correrá teñido.

Sale Arsaces, capitán.

ARSACESAl gran valor de tu invencible pecho,

de ese Alejandro, macedón temido,

un capitán, que quiere hablarte, pide

licencia.

DARÍO

Llegue luego; ¿quién le impide?

¿qué me querrá Alejandro, Ariobarzano?

ARIOBARZANOEstará de pasar arrepentido

al Asia viendo tu invencible mano,

y por volverse pedirá partido.

Entra Lisímaco.

LISÍMACO Este papel es de Alejandro Magno.

DARÍO ¿No dices más?

LISÍMACO No vengo apercebido  
de otra oración.

DARÍO ¿Tú sabes que soy Darío?

LISÍMACOY ¿tú sabes qué soy de tu contrario?

DARÍO Si son los capitanes macedones  
de esta manera fieros y arrogantes,  
¿qué será vuestro rey?

LISÍMACO No son razones  
en tiempo de las armas, importantes.

DARÍO ¿No pide aquí partido?

LISÍMACO Las naciones  
del Asia espero que, a sus pies triunfantes,  
le pedirán antes que pase el año.

DARÍO Quiero leer.

LISÍMACO Verás el desengaño.

Lee Darío:

«Para que veas que quiero  
vencerte con mi valor,  
y no porque algún traidor  
bañe en tu sangre su acero,  
guárdate de Ariobarzano,  
que te quiere dar la muerte,  
quitándole de vencerte  
la gloria Alejandro Magno.»

DARÍO ¡Válgame Júpiter santo!

No estimo tanto el saber  
que hombre a quien he dado el ser  
se atreva conmigo a tanto,  
como el ver que mi enemigo  
diga que me guarda así,  
sólo por vencerme a mí,  
y él solo honrarse conmigo.  
Ya le comienzo a temer;  
sin duda es cierta su fama.

¡Arsaces!

ARSACES ¡Gran señor!



DARÍO Ponme sobre ellos las manos.

Llega.

ARIOBARZANO ¿Descansas así?

Póngase de rodillas a asirle los pies, y él le da con la daga.

DARÍO ¡Hoy me libraré de ti,  
por los cielos soberanos!

ARIOBARZANO ¡Ay, padre! ¿Por qué me has muerto?

DARÍO La daga quiero esconder.

¡Gente! ¡Ah, gente! ¿Puede ser  
tan notable desconcierto?

Salen Arsaces y gente.

ARSACES Señor, ¿qué es esto?

DARÍO ¡Ay de mí!

Que el embajador villano,  
porque dijo Ariobarzano  
que hablase compuesto aquí,  
le sacó su misma espada,  
y pasándole se huyó  
con ella.

ARSACES ¡Que le vi yo,  
y no reparase en nada!

Seguirle quiero.

DARÍO Camina:  
llevad mi hijo de aquí.

Llévenle.

Instrumento he sido así  
de la justicia divina.

Sale Menón.

MENÓN Tras este suceso triste,  
¡oh famoso Rey del Asia!,  
hecho el ánimo tendrás  
para menores desgracias.

Bien te aconsejé que fuera  
a Macedonia una armada,  
que divirtiera a Alejandro  
la temeraria arrogancia.  
¿Qué sirvió guardar el río?  
Que con la desnuda espada  
pasó delante de todos,  
haciendo senda en las aguas.  
No va con el viento en popa,  
todas las velas echadas,  
la nave con más furor  
rompiendo las ondas canas,  
que el temerario mancebo,  
a cuya furia se apartan,  
dando lugar a su gente  
que acometa mis escuadras.  
Mató Alejandro a Dirceo,  
a Dulindo y a Pirasta,  
fuertes capitanes tuyos,  
con que los demás desmayan.  
A ejemplo del macedón,  
entran, rompen, desbaratan;  
catorce mil quedan muertos,  
treinta capitanes faltan.  
Con mil despojos y escudos  
a Grecia envió su armada  
con nuevas de la victoria;  
daránla de nuestra infamia.  
Otros dicen que no ha sido  
esta arrogancia la causa,  
sino porque los soldados  
y nobles que le acompañan,  
vean que, pues ya no hay naves,  
no les queda confianza  
de que han de volver a Europa  
menos que ganando el Asia.  
DARÍO No digas más; que bien veo  
que mi fortuna contraria  
trajo este rayo del cielo.  
MENÓN Ya ganó a Lidia y a Caria,

donde estaba el mausoleo  
de Artemisia, celebrada  
por maravilla del mundo;  
ya el reino de Frigia pasa  
sin que ciudad se lo estorbe.  
DARÍO Yo muero de envidia y rabia;  
mas ¿cómo, siendo quien soy,  
tan vil cosa me desmaya?  
¿Cómo perder diez mil hombres?  
Mañana mi gente salga  
para estorbarle que pase  
de Cilicia y Caramania.  
¡Ánimo, Menón!  
MENÓN Señor,  
los que juegan, cuando ganan  
al principio, después pierden.  
DARÍO ¡Toca al arma!  
MENÓN ¡Toca al arma!

Vanse, y sale Alejandro y su gente.

ALEJANDRO Ésta es la ciudad de Midas:  
¿dónde está el yugo encantado?  
EFESTIÓN Aquí está aquel lazo atado  
con las coyundas torcidas.  
LEÓNIDES Quien desatare aquel nudo  
del hado, es precisa ley  
que sea del Asia rey;  
pero hasta aquí nadie pudo.  
ALEJANDRO ¿Sabe alguno cómo fue?  
VITELO Yo, que he sido labrador,  
supe la historia, señor.  
ALEJANDRO Pues dila.  
VITELO Yo la diré:  
Gordio, un labrador, un día  
iba en su carro de bueyes,  
cuando el ave de los reyes,  
símbolo de monarquía,  
que es el águila real,  
sobre el yugo se sentó.



que tanto monta, soldados,  
cortar como desatar.

Saque la espada y córtele, y cantan dentro.

Rey serás gran Alejandro,  
del Asia por esta hazaña,  
que más hace en lo imposible  
quien corta que quien desata.  
Este yugo y sus coyundas  
tendrán los reyes de España  
por empresa de tus hechos,  
y por letra tus palabras.  
EFESTIÓN Los reyes de España dicen  
que el yugo tendrán por armas,  
y por letra el «Tanto Monta».  
ALEJANDRO Mi valor al cielo agrada.  
Oid: ¿qué gente es aquésta?  
LEÓNIDE Tres amazonas bizarras  
que te vienen a buscar.

Salen Rojane, Lisandra y Tamira.

ROJANE Dame esos pies, rey del Asia.  
ALEJANDRO; Oh, generosa amazona!  
ROJANE De tus grandezas la fama,  
Alejandro valeroso,  
me trae rendida a tus plantas:  
yo soy la reina Rojane;  
Decirle mi nombre basta  
para que sepas quién soy.  
ALEJANDRO Hoy por la mano me ganan  
tus deseos, Reina bella;  
que en extremo deseaba  
verte y servirte.  
ROJANE Yo soy,  
divino Aquiles, tu esclava;  
tus hechos y tus virtudes  
hasta las aves los cantan  
por los campos del Oriente,



donde como rayo pasas;  
esto me obligó a buscarte,  
pero agora a darte el alma  
el resplandor, la hermosura  
de tu persona gallarda;  
honra con tu sucesión  
las mujeres de mi patria,  
¡así te guarden los cielos!  
ALEJANDRO Si para tuyo me guardan,  
no menos contento estoy  
de tu belleza.

VITELO ¡Oh, qué gracia!  
¡viven los cielos, Aminta,  
que vienen estas guitarras  
a que les pongan bordones!  
hijos quieren las borrachas.

AMINTA Muriéndome estoy de celos.

VITELO ¿Qué importa aquésta, entre tantas  
como Alejandro persiguen?

AMINTA Bien dices, como se vayan  
luego que los hijos tengan.

VITELO A las dos que la acompañan  
lleguemos a hablar los dos.

AMINTA ¡Ah, mi señora!

TAMIRA ¿Quién llama?

AMINTA Un soldado que ha sabido  
que en su tierra no se casan,  
sino que buscan varones  
cuando les viene la brama;  
si le agrada, suyo soy.

VITELO Si yo merezco agradarla,  
no soy malo para padre.

LISANDRA ¿Eres noble?

VITELO ¿Es de importancia?

LISANDRA ¿No lo echas de ver?

VITELO Yo soy  
hombre que en esta campaña  
presté treinta mil ducados  
a Alejandro.

LISANDRA Menos basta



AMINTAY ella se venga conmigo.  
TAMIRAYa estoy de ti enamorada.  
AMINTAPues sepa que si es traviesa...  
TAMIRADiga  
AMINTA Que en las dos hay pata.

Acto tercero

Salen Leónides y Efestión.

LEÓNIDES Tanta felicidad, tantas victorias,  
vinieron a tener tan tristes fines  
en la mitad del curso de sus glorias.

EFESTIÓN Cuando ya de la tierra los confines  
temblaban de Alejandro las hazañas,  
y hasta en la mar las locas y delfines,  
tras mil naciones bárbaras y extrañas,  
vencidas tras de haber pasado el Tauro,  
admirando sus ásperas montañas;  
cuando le prometía el verde lauro  
del Asia el grande imperio, y pretendía  
llegar al Ganges desde el blanco Anauro,  
llega Alejandro de su muerte el día.

LEÓNIDESNo lo quieran los dioses que en tres años  
le ofrecieron tal alta monarquía.

Sale Lisímaco.

LISÍMACO Capitanes, ¿qué llantos tan extraños  
son éstos del ejército? ¿Qué es esto?

EFESTIÓNÉstos son los mortales desengaños:

mientras fuerte, Lisímaco, del resto  
del bagaje te encargas, descendimos  
del Tauro a Tarso, en sus extremos puestos,  
por quien las cristalinas aguas vimos  
del Cidno, un río que en sus faldas gira,  
y en cuya amenidad nos detuvimos.  
El agua apenas Alejandro mira,  
cuando, todo sudado y polvoroso,  
desciñe el hierro con que el mundo admira,  
desnuda el blanco arnés, y el luminoso  
yelmo, de varias plumas coronado,  
sirve de flores en el prado hermoso;  
el blanco cuerpo, de sudor bañado,  
arroja al agua, suenan las riberas,  
y rompe con la frente el vidrio helado;  
las aguas con mil círculos y esferas,  
reciben al señor del Asia en brazos;  
que son hasta las aguas lisonjeras.  
Lascivo las regala con abrazos,  
y dejando envidiosas las arenas,  
labra el cristal de diferentes lazos;  
pero sus ondas Alejandro apenas  
deja, y sale a la margen, cuando helado,  
muestra el rigor del agua por las venas,  
pierde la voz, y en el ameno prado  
deja caer el cuerpo; finalmente,  
ya queda de su ejército llorado.

Sale Aminta.

LISÍMACO ¡Ay, fiero mal!

AMINTA ¡Oh, médico excelente,  
digno de ser, si con la cura sales,  
tenido por Apolo en todo oriente!

EFESTIÓN Aminta, ¿qué hay?

AMINTA Los dioses celestiales  
al médico Filipo han inspirado  
una bebida para casos tales,  
con que se obliga que al primer estado  
volverá la salud de nuestro dueño,

porque a tomarla está determinado.

LEÓNIDES ¿Salió de aquel desmayo?

AMINTA Y de aquel sueño  
mortal que tuvo prometiendo vida.

LEÓNIDES Ya viene.

EFESTIÓN ¡Lo que rinde un mal pequeño!

Sale Alejandro con los brazos sobre los hombros de los soldados.

VITELo Filippo fue, señor, por la bebida;  
alégrate, que ya la confecciona.

AMINTA ¿No veis al sol con la color perdida?

ALEJANDRO Dadme una silla.

LISÍMACO Tu Real persona  
guarde el cielo.

ALEJANDRO ¡Oh, Lisímaco, levanta!

Siéntase.

LISÍMACO Parmenión, que tu imperial corona  
extiende a Capadocia, al indio espanta,  
esta carta me envía.

ALEJANDRO ¡Qué alegría  
me has dado con su letra en pena tanta!

LISÍMACO Estimo en esto la ventura mía.

Lee para sí Alejandro.

VITELo Pues, Aminta, ¿cómo fue  
con la amazona engañada?

AMINTA Triste, confusa, turbada  
y corrida la dejé,

pues por más que me regale  
y me esfuerce, fui a su pena

como puñado de arena

que por los dedos se sale;

como tesoro de duende

que se le volvió carbón,

o como los sueños son

del bien al que le pretende.

Lloró, comenzó a poner  
mil culpas a haber venido,  
porque pensó hallar marido,  
y, en efecto, halló mujer.  
Mas como mujer no pudo  
ser para más que su ser,  
dejóme para mujer  
y acogióse.

VITELO           No lo dudo;  
mas ¿no me dirás quién fue  
el que el agravio deshizo?

AMINTA Leónides.

VITELO           Elección hizo  
de buen gusto.

AMINTA           En él se ve.  
¿Cómo te fue con la tuya?

VITELO Que hoy o mañana se irá.

AMINTA Pues ¿por qué?

VITELO           Preñada está,  
y es ésta costumbre suya;  
que como animales son  
aunque están enamoradas,  
porque, en estando preñadas,  
no admiten conversación.

ALEJANDRO ¡Válgame Júpiter santo!

Cuando para darme vida  
quiero tomar la bebida  
de un hombre que estimo en tanto,  
me escribe Parmenión  
que con Darío ha concertado  
matarme; mas ha llegado  
la carta a buena ocasión.

Aquí dice que le ofrece  
una hija por mujer:  
¿traidor, veneno a beber  
a quien te honra y engrandece?

No la tomaré ¡por Dios!

Mas ¿por qué tengo recelo,  
Filipo, de tu buen celo  
y del amor de los dos?

Sin duda que han engañado  
a Parmenión; yo quiero  
tomar la bebida; hoy muero  
de amigo y de confiado.  
¡Vive Dios! de no temer,  
cosa vil de buen amigo,  
conciertos con mi enemigo,  
¿puede ser? Bien puede ser;  
mas ¿cómo temo? ¿No soy  
Alejandro? Pues ya tarda.

Sale Filipo, médico, con un vaso y toalla.

FILIPO Aquí la bebida aguarda.  
ALEJANDRO Mientras que bebiendo estoy,  
lee esa carta, Filipo.  
FILIPO Toma el vaso, cuyo efeto  
es tu vida.  
ALEJANDRO ¡Qué indiscreto!  
¡Cielos, mi muerte anticipo!

Mientras bebe Alejandro, lee Filipo así:

«Una hija le ha ofrecido,  
y una ciudad en que viva,  
Darío a Filipo, que priva  
contigo...»  
FILIPO ¡Ay, cielo ofendido!

Lee:

«porque en la ocasión primera  
te mate: guárdate de él.»  
ALEJANDRO ¿Cuál a cuál fue más fiel?  
¿Cuál será justo que muera:  
yo, que de ti me fié  
mientras el veneno hiciste,  
o tú, que aquí me le diste  
contra la debida fe?  
Juzga, Filipo, tu causa;

juzga la mía, y muramos  
los dos, pues los dos llegamos  
a quien la muerte nos causa.

Yo, fiel amigo a ti,  
por tu mano moriré;  
tú, enemigo, tú, sin fe,  
morirás también por mí.

Que sin tomarle ha de ser  
tu veneno el que me has dado:  
muero, y moriré vengado;  
y aquí podrás conocer  
mi rara naturaleza,  
pues hoy a morir me obligo  
sólo por hacer contigo  
esta notable grandeza.

EFESTIÓN ¡Veneno! ¡Oh perro!

FILIPO Tened,

capitanes, las espadas,  
y a las de Darío, doradas,  
sangrientas las ofreced.

Escribe Parmenión  
que su hija me ha ofrecido  
el persa; verdad ha sido,  
pero no lo es mi traición;  
porque yo le respondí  
como era justo al tirano,  
y el testigo está en la mano,  
que es el vaso que te di.

¿Cómo te sientes?

ALEJANDRO Mejor;

los brazos extendiendo ya.

FILIPO Capitanes, bueno está  
vuestro divino señor;  
dadme luego el galardón  
de haberle dado salud.

ALEJANDRO Yo siento ya la virtud  
de mi ardiente corazón.

TODOS ¡Viva Filipo!

FILIPO Decid

que viva Alejandro.





y hasme engañado de nuevo;  
que, según entrando vas  
por Asia, no volveremos  
a Grecia.

ALEJANDRO           Pues ya daremos  
un medio.

VITELO               ¿Qué medio das?

ALEJANDRO   Que te pague ¡oh buen Vitelo!  
cuando acabe de ganar  
el mundo.

VITELO               ¡Buen esperar!

ALEJANDRO¿Es mucho?

VITELO               ¡Guárdete el cielo!

Pero ¿cuándo acabarás  
de ganarle?

ALEJANDRO           ¡Vive Dios!

Antes de un año.

VITELO               Por dos  
lo tomo.

ALEJANDRO           Dudoso estás;  
pues éste el concierto sea:  
que si yo el mundo ganare,  
no te pague; y si llegare  
a que le gane y posea,  
tú me pagues otro tanto.

VITELO¿Con eso sales ahora?

No estaré en tu campo un hora,  
¡por todo Júpiter santo!  
Si no me das luego aquí  
mi dinero.

ALEJANDRO           Pues ¿por qué?

VITELOPorque cuando le fié  
y para Grecia le di,  
eras Rey de un reino solo;  
pero si me has de pagar  
cuando vengas a ganar  
el mundo de polo a polo,  
serás señor, bien lo fundo,  
del dinero que te fío,  
pues ¿qué pediré por mío

a quien es señor del mundo?  
ALEJANDRO Enseñante los cuidados  
¡oh Vitelo! a ser sutil;  
mientras doy los treinta mil,  
le daréis cien mil ducados.  
VITELO ¿Qué dices? ¡Pagar no puedes  
treinta mil, y cien mil das!  
ALEJANDRO Treinta de deuda son más  
que treinta mil de mercedes.  
LEÓNIDES Ya, ¿qué te queda que dar?  
ALEJANDRO Leónides, siempre me queda.  
LEÓNIDES Tu Majestad me conceda  
aquel peto y espaldar  
que te envió el Rey de Epiro.  
ALEJANDRO Dadle cien arneses luego.  
LISANDRA También a pedirte llevo.  
ALEJANDRO Con buenos ojos te miro.  
LISANDRA Esos quizá te pidiera  
si no fuera atrevimiento.  
ALEJANDRO Como te dieran contento,  
los sacara y te los diera.  
LISANDRA Mirar bien, es dar los ojos;  
eso pido que me des.  
ALEJANDRO No me ganes por cortés,  
que recibo de eso enojos.  
No ha de haber hombre nacido  
que se me pueda alabar,  
que en cortesía y en dar  
haya a Alejandro vencido:  
dente el collar de Menón,  
que era todo de diamantes.  
EFESTIÓN Con dádivas semejantes,  
¿qué dejas a Efestión?  
ALEJANDRO A ti, yo no te doy nada.  
EFESTIÓN ¿Por qué?  
ALEJANDRO Porque eres mi amigo;  
que no he de partir contigo  
lo que es tuyo.  
LEÓNIDES ¡Honra extremada!  
ALEJANDRO Por eso nada te di;

cuanto tengo, considera  
que es de la misma manera  
de mi amigo que de mí.  
LISANDRA Aquí está un embajador  
de Darío.

ALEJANDRO Llegue.

Sale Tebandro, embajador, y criados con una caja.

TEBANDRO Un presente  
y carta del Rey de Oriente  
te traigo, invicto señor.

ALEJANDRO ¿Presente? Muéstrale a ver.

TEBANDRO Abre la caja.

EFESTIÓN Éstas son  
unas riendas.

ALEJANDRO ¿Qué razón  
le pudo a Darío mover?

EFESTIÓN Aquí hay más: una pelota  
y una bolsa con dinero:  
¡presente extraño!

ALEJANDRO Leer quiero.

TEBANDRO El Macedón se alborota.

Lee Alejandro.

«El Rey de los reyes, Darío,  
y de los dioses pariente,  
a Alejandro, mi criado,  
le mando y digo que en breve  
a sus deudos, mis esclavos,  
se vuelva, y que se recueste  
de su madre en el regazo,  
donde, para que le enseñen,  
a ser hombre, envió esas riendas,  
que al cuello aplicarle pueden;  
esa pelota, con quien  
con otros muchachos juegue;  
y ese dinero, que pierda,  
y con que pueda volverse;



a dar nuevas de que voy.  
TEBANDRO Tu vida el cielo prospere.

Vase.

ALEJANDRO ¡Ea, soldados, al arma!  
Esta ocasión nos ofrece  
todo el imperio del Asia.  
¡Muera Darío!  
EFESTIÓN ¡Vive, y vence!

Vanse, y salen Darío y Arsaces.

DARÍO Esto le escribí.  
ARSACES Bien haces,  
en poner al Macedón  
freno.

DARÍO No pienses, Arsaces,  
que después de esta ocasión  
haré con los griegos paces.  
¡Vive Júpiter! Si pasa  
a Tarso y su campo abrasa,  
que un freno de oro he de hacer,  
donde le vengan a ver  
con las fieras de mi casa.

ARSACES Volveráse a Europa luego  
que vea, señor, tu carta.

DARÍO Eso le mando y le ruego;  
que sólo que al mar se parta,  
le ha de librar de mi fuego.

ARSACES Tus hijas vienen aquí.

Salen Deyanira y Polidora.

DARÍO ¡Deyanira, Polidora!

DEYANIRA ¿Qué haces, señor, así?

DARÍO Dicen que Alejandro ahora  
huye del Asia y de mí:

¿quieres que vaya tras él?

POLIDORA Antes, que te guardes de él;

que lo que dice la fama  
es que te provoca y llama  
para batalla cruel.

DARÍO ¿Alejandro?

DEYANIRA Sí, señor.

DARÍO ¿El muchacho?

DEYANIRA Ese mancebo.

DARÍO Aquí está el embajador.

Sale Tebandro.

TEBANDROA decirte no me atrevo  
del Macedonio el rigor;  
que fuera de su respuesta,  
arrogante y descompuesta,  
marcha tras mí con su gente  
tan veloz, que queda enfrente  
de tus ejércitos puesta.  
En las riendas, significa  
yugo a tu gente remota;  
el oro, tu hacienda rica  
que conquista; y la pelota,  
la bola que al mundo aplica;  
tomólo por buen agüero,  
y en un caballo ligero  
con una lanza corrió,  
con que su campo animó,  
y viene.

DARÍO No más; ¿qué espero?

Arsaces, no hay más que hacer;  
los carros de oro te encargo,  
de mis hijas y mujer.

¿Para qué, Alejandro, alargo  
la gloria que he de tener,  
y el castigo que he de darte?

¡Ea, valientes persianos,  
que os está aguardando Marte  
con el laurel en las manos!

ARSACESTus escuadrones reparte;  
que hoy le has de quitar la gloria,

y a la fama aquella pluma  
con que comienza su historia.  
DARÍO Hoy haré que se consuma  
su nombre con mi victoria.

Vanse.

POLIDORA ¡Ay, Deyanira! ¿Qué pecho  
no se turba con el nombre  
de Alejandro?

DEYANIRA Yo sospecho  
que es algún dios, y si es hombre,  
de los mismos dioses hecho:

¿qué suceso, qué fortuna,  
te prometen sus hazañas?

POLIDORA Que, pues fácil o importuna,  
de tantas tierras extrañas  
no se le escapa ninguna,  
debe de querer el cielo  
a este mancebo famoso  
dar el imperio del suelo.

Tocan una caja y alguna guerra.

DEYANIRA Ya suena el son belicoso.

POLIDORA Toda me ha cubierto un hielo;  
aquí, en tanto, Deyanira,  
que pasa la guerra fiera,  
su estrago sangriento mira.

DEYANIRA Ya con la primer bandera  
el griego al persa retira.

¿Es, por dicha, aquel mancebo  
este Alejandro?

POLIDORA Sí, es él.

Héctor, Paris y Deifebo  
no se comparen con él.

DEYANIRA ¡Fiero Marte!

POLIDORA ¡Aquiles nuevo!

Vanse, suena la guerra, sale Alejandro.



ALEJANDROEa, valientes soldados,  
honor y gloria de Europa;  
darme el imperio del Asia  
está en vuestra mano sola.  
Ea, fuertes capitanes;  
que fuera de tanta gloria,  
de Darío y del mundo, aquí  
están las riquezas todas;  
yo no las quiero, soldados,  
sólo quiero la victoria;  
para vosotros serán  
el oro, plata y las joyas;  
hijo de Júpiter soy,  
no temáis; que basta y sobra  
para cuatrocientos mil  
esta espada o esta sombra.

Suena la caja, salen Tebandro y Rojane, amazona, acuchillándose.

ROJANE;Ríndete, persa cruel!  
ALEJANDRO;Oh, valerosa amazona,  
los fuertes hombres te imitan!  
TEBANDRO;Rendirme es cosa afrentosa;  
pero si es a tu hermosura,  
sólo con los ojos corta,  
tira rayos de la vista.  
ROJANE;Requiebros, persiano, agora?  
¡Aquí dejarás la vida!  
ALEJANDRO;O pelear, o enamoras:  
dale las manos atadas.  
TEBANDRO;Cielos, el huir me importa;  
que éste es el mismo Alejandro!

Vase.

ALEJANDRO;Déjale, hermosa señora,  
y sígueme, porque veas  
cómo se rinden y postran  
a esta espada estos cobardes.

ROJANEAl lado de tu persona  
no temo al mundo.

ALEJANDRO Camina,  
que eres mujer valerosa.

Vanse, y suena guerra, y sale Darío huyendo.

DARÍO¡Volved, fuertes capitanes!

¿Dónde vais huyendo en tropa?

¿Éstas fueron las promesas  
vanas, soberbias y locas?

¡Cobardes persas, volved,  
que me quitáis la corona  
del Asia! ¿Mas qué me canso?

Ninguno a escucharme torna.

¡Oh, cuán lejos siempre están  
las palabras de las obras!

Temerario estrago han hecho  
las espadas macedonias;

ya van llegando a los carros  
de mis hijas y mi esposa:

si aguardo pierdo el imperio,  
pero moriré con honra;

mas quiero guardar la vida  
para ocasión más dichosa.

Quien muere, todo lo pierde;  
quien vive, todo lo cobra.

Yo te buscaré otra vez;  
triunfa, griego, triunfa agora.

Vase, y suena más guerra, y salen Aminta, Severio, Leónides, Lisírnaco y las  
hijas de Darío persas.

AMINTADigo que llegué primero.

SEVERIOAminta, cuando te pongas  
en quitarme lo que es mío,  
medirémonos las hojas.

LEÓNIDESTeneos, que estoy aquí.

AMINTACapitán, con menos cólera.

LEÓNIDESPues ¿tú te pones conmigo?



Vase.

LEÓNIDES No ha hecho mayor grandeza.

LISÍMACO Que aún no las quiso mirar.

SEVERIO No ha querido sujetar  
su victoria a su belleza.

LEÓNIDES Aminta, el premio tendrás  
de esta hazaña, y tú, Severio,  
tu parte.

AMINTA Goce este imperio  
mi Rey, que no quiero más.

LEÓNIDES Alzad los ojos del suelo:  
no tengáis a disfavor  
que Alejandro, mi señor,  
use de tan justo celo.

DEYANIRA Para usar de su crueldad  
no se quiso enternecer;  
que quien no nos quiso ver,  
no quiso tener piedad.

LEÓNIDES Antes piedad nunca oída,  
por no usar con loco amor  
la fuerza de vencedor  
en la hermosura vencida;  
ejemplo a todos ha dado  
de no forzar las cautivas.

POLIDORA Así del cielo recibas  
premio de habernos guardado,  
que alcances dél que nos vea  
porque se mueve a piedad.

LEÓNIDES No sé que la libertad  
mayor que el no veros sea;  
porque fue hazaña que asombre,  
si estaba al daño en el ver,  
el no veros, por no hacer  
cosa indigna de su nombre.

Vanse; salen Lirano y Tirreno, villanos.

LIRANO Echa la ribera abajo

todas las cabras, Tirreno.  
TIRRENO Golosas del prado ameno,  
vienen por su verde atajo.  
¡Por Dios! En tiempo de guerra  
no me agrada ser pastor:  
lo uno, por el furor  
con que destruyen la tierra;  
lo otro, por el cuidado  
en que me pone el pensar  
que fuera mejor trocar  
mi soldada a ser soldado.  
LIRANO ¿Tú soldado?  
TIRRENO ¿Por qué no?  
Las armas me satisfacen;  
también los soldados se hacen  
de otros hombres como yo.  
LIRANO Si en la primera ocasión,  
que en esto sólo me fundo,  
te despacha al otro mundo  
un soldado macedón,  
¿qué dirías de la vida  
de los soldados allá?  
TIRRENO Luego ¿los matan?  
LIRANO Verá:  
de una y otra fiera herida.  
TIRRENO Pues, Lirano, más me quiero,  
que acá la vida se pase,  
por más que julio me abrase,  
por más que me hiele enero.  
Amanézcame en los ojos  
el sol por el suelo echado;  
de la noche el carro helado  
me cubra entre estos abrojos.  
Déme esta fuente agua pura,  
y aquella encina bellotas,  
antes que gentes remotas  
muerte incierta y sepultura.  
¡Rita acá, ganado mío,  
que no soy soldado ya!  
Verá por dónde se va,

mas que no para hasta el río.

Sale Darío huyendo.

DARÍO Si acaso tenéis, pastores,  
dónde me pueda albergar,  
y dan a un triste lugar  
árboles, fuentes y flores,  
hacedme este bien; que vengo  
poco menos que expirando;  
y advertir que, en descansando,  
volved al camino tengo;  
que no os daré pesadumbre.

LIRANO ¿Sois soldado?

DARÍO ¿No lo veis?

LIRANO Pues ¿cómo subido habéis  
por esa difícil cumbre?

¿Vais huyendo?

DARÍO Huyendo voy.

LIRANO Según eso, mal le ha ido  
a Darío.

DARÍO Queda vencido,  
y aun muerto pienso que estoy.

TIRRENO ¡Vencido! Pues ¿puede ser  
que al mayor rey del Oriente,  
con tantas armas y gente,  
le pueda otro rey vencer?

DARÍO Sí, porque es ley en el suelo  
que estén sujetas y llanas  
todas las cosas humanas  
a la voluntad del cielo.

Darío, a quien el sol, apenas  
nacido, a dorar venía;

Darío, a quien Persia ofrecía  
oro y plata a manos llenas;

Darío, que un campo juntó  
de cuatrocientos mil hombres,

la fama de cuyos nombres  
el polo opuesto tembló;

Darío, que cuando salía

dos mil criados llevaba,  
hoy muestra que el tiempo acaba  
toda esta gloria en un día.  
Que de Alejandro vencido,  
mozo de buena fortuna,  
sin honra, sin gente alguna,  
va caminando perdido;  
y por dicha puede ser  
que, sin caballo y sin gente,  
el que ayer mandó el Oriente,  
hoy no tenga qué comer.

LIRANO ¿Sois vos, acaso, señor?

DARÍO ¡Cielo! ¿Qué es esto?

¿Tantos agujeros, tantas desventuras?

¡Oh, villanos correos de mi muerte!

¡Vive Júpiter santo, que esta espada  
os dé el hallazgo de la tabla de oro!

LIRANO; Señor, mira que estamos inocentes!

TIRRENO; Huye, Lirano, que se ha vuelto loco!

DARÍO; Hasta perder la vida todo es poco!

Vanse, y salen Alejandro y su gente.

ALEJANDRO Rindióse, en fin, Sidón; rindióse Tiro.

LEÓNIDES Todo se rinde a tu valor supremo.

ALEJANDRO A ser solo señor del mundo, aspiro.

LEÓNIDES Que es poco el mundo a tu esperanza, temo.

ALEJANDRO Rey quiero dar a esta ciudad famosa.

LISÍMACO Aquí viene tu huésped Tepolemo.

Sale Tepolemo.

TEPOLEMO ¡Guarda el cielo tu vida generosa!

ALEJANDRO Huésped, famosamente me has tratado.

TEPOLEMO Mi casa honraste, humilde, aunque dichosa,  
hago cuenta que a Júpiter sagrado,  
cual otra Filemón, en su pobreza  
tuve, puesto que indigno, aposentado.

ALEJANDRO Huésped, pagarte quiero.

TEPOLEMO ¿Qué riqueza

mayor que haberte en ella merecido?

ALEJANDRO Conozco, Tepolemo, tu nobleza:  
rey de Sidón te hago.

TEPOLEMO No ha tenido  
tu igual el mundo: ¿a un huésped de dos días  
haces rey de su patria obedecido?

ALEJANDRO ¿Qué menos paga, huésped, merecías?

TEPOLEMO Señor, yo te suplico no lo mandes;  
no son para reinar las fuerzas mías.

ALEJANDRO Venciste en eso mis hazañas grandes;  
mas nombra un rey, y el que quisieres sea,  
como ajustado a tus virtudes andes.

TEPOLEMO Si he de nombrar un hombre que posea  
por su virtud el reino, por mi mano,  
no habrá, señor, alguno que me crea.

ALEJANDRO Di presto el que te agrada.

TEPOLEMO Es hombre llano.  
¿Es virtuoso?

TEPOLEMO Sí.

ALEJANDRO ¿Quién?

TEPOLEMO Dolomino.

ALEJANDRO ¿Qué ejercicio?

TEPOLEMO Señor, es hortelano.

ALEJANDRO Pues tú dejas el reino, siendo dino  
por tu virtud del cetro, y otro nombras,  
sin duda es hombre de valor divino.

Parte por él.

TEPOLEMO Yo voy; que entre las sombras  
de esta huerta, señor, está cavando.

Vase.

ALEJANDRO Camina, Tepolemo, que me asombras.

LEÓNIDES Aqueste labrador te anda buscando.

Sale Tirreno.

ALEJANDRO ¿Qué quieres?

TIRRENO No acierto a hablar.

ALEJANDRO ¿Qué te turba?



TIRRENO El ver un hombre  
tan divino, que se nombre  
dios del mundo y rey del mar.

ALEJANDRO Llega.

TIRRENO ¿Darásme licencia  
que te toque?

ALEJANDRO No es razón

si las imágenes son  
tratadas con más decencia;  
pues si nadie, por respeto,  
las llega, ¿qué harán al dios?

TIRRENO ¿Qué, ¿eres dios?

ALEJANDRO Mira en los dos  
el diferente sujeto.

TERRENO Señor del mundo, aquel día  
que en Asia tu campo entró,  
un potrillo me parió  
una yegua que tenía.

Era tan bella, que luego  
me di a pensar que era justo  
crialle para tu gusto.

ALEJANDRO Pues ¿por qué?

TIRRENO Escucha, te ruego:

porque soñé que serías  
rey del Asia, y presumí  
que, en presentártelo a ti,  
algún premio me darías:  
Crióse el potro, y salió  
de suerte, en estos tres años  
que por hechos tan extraños  
Asia tu nombre temió,  
que era bien digno de ti;  
mas cuando ya le traía,  
en aquella casería  
que casi ves desde aquí,  
dos viejas y un labrador  
me le miraron de suerte  
que me le llevó la muerte  
como el arado a la flor.  
Lloré triste, y en desollando

el potro, que en carnes dejo,  
te traigo sólo el pellejo,  
que es aquel que estás mirando.

ALEJANDRO Yo te agradezco, buen hombre,  
el intento que has tenido;  
y pues que criado ha sido  
ese caballo, en mi nombre,  
quiero estimar el pellejo.  
¡Hola! Guardadle muy bien,  
y haced que luego le den,  
por la intención y el consejo,  
dos caballos de los míos  
y seis mil escudos de oro.

TIRRENO Besen esos pies que adoro,  
indios negros, scitas fríos.

Vase Tirreno, y salen Tepolemo y Dolomino.

TEPOLEMO Aquí está aquel hortelano  
que has hecho rey.

ALEJANDRO Llega, amigo.

DOLOMINO No tendrán mayor testigo  
las grandezas de tu mano:  
de una pobre humilde huerta  
a un reino altivo me pasas,  
y de estas deshechas casas  
a un aula de oro cubierta;  
de un suelo, a tantas riquezas,  
y al cetro, de un azadón;  
conozca el mundo que son  
de Alejandro las grandezas.

ALEJANDRO No son mías, de que estoy  
confuso, amigo, en extremo;  
el grande fue Tepolemo,  
pues te da lo que te doy;  
que si rey te constituyo,  
rey me quedo, mas él no,  
pues el reino que te dio  
era solamente suyo.

LISÍMACO Ya ha llegado Efestión

de la gran Jerusalén.

Sale Efestión.

ALEJANDRO; Vengas mil veces con bien!

¿Qué hay, tenemos provisión?

EFESTIÓN No quisiera decirte la locura,  
invicto Rey del mundo, hijo de Júpiter,  
con que estiman a Darío los hebreos  
por no causarte enojo.

ALEJANDRO ¿Qué responden?

EFESTIÓN Di tu embajada, Rey, al duque Hircano,  
y de Jerusalén al gran Pontífice,  
mandándolos que luego te obedezcan  
y que te envíen gente y provisiones  
con los tributos que pagar solían;  
y responden que hicieron homenaje  
a Darío, a quien por rey y señor tienen,  
y que no te conocen, ni era justo  
dejar al propio Rey por el extraño.

ALEJANDRO; Blasfemo de los dioses, que es palabra  
que no dije en mi vida al nombre mío!

¿Jerusalén responde de esa suerte?

Pues ¡cómo! Voy de paz, siendo yo el rayo  
que envía Dios para abrasar el mundo,  
¿y atrevida me niega la obediencia?

Soldados, desde el día que salimos  
de Europa, no he tenido tal respuesta,  
ni me parece que nos han quitado  
nuestro debido honor, pesar de Júpiter,  
aunque perdone el ser mi soberano  
padre en la tierra. ¡Vamos; marcha, toca!  
No ha de quedar, Jerusalén, si puedo,  
piedra en tus muros. ¿Piensas, por ventura,  
loco Israel, que tienes capitanes  
a quien se pare el sol como otro tiempo,  
que con trompetas y con luz vencías?

LISÍMACO; Vivas mil años, guárdente los dioses!

Jerusalén es rica en todo Oriente;

no hay ciudad que nos pueda hinchir las manos

con tal satisfacción.

ALEJANDRO Yo os doy licencia  
para un sangriento saco. ¡Vive Júpiter,  
que no ha de quedar hombre vivo en ella!  
Los niños degollad, y las mujeres  
colgad de los cabellos por los árboles.  
¡Muero, rabio, deshágome! ¿Qué es esto?  
¡Jerusalén a mí! ¡Camina, toca!  
EFESTIÓN Justa razón a enojo le provoca.

Vanse, y salen Hircano, Duque de Jerusalén, y Jado, sumo sacerdote.

HIRCANO En esta gran confusión,  
¿qué es lo que piensas hacer?  
JADO Acudir a la oración,  
que Dios tiene más poder  
que el soberbio Macedón.  
Retírate, Duque, allí;  
que si el gran Dios de Israel  
no da remedio por mí  
contra Alejandro cruel,  
¡ay, Jerusalén, de ti!

HIRCANO Llega, sacerdote santo,  
y misericordia pide  
al gran Dios que puede tanto;  
di que su pueblo no olvide,  
dile que escuche su llanto.

Salgan las mujeres de Jerusalén.

MUJER 1.<sup>a</sup> Generoso duque Hircano,  
y tú, Jado, soberano  
sacerdote, ¿qué respuesta  
tan airada y descompuesta  
disteis a Alejandro Magno?  
¿Qué es esto, que ya furioso  
a Jerusalén camina?

MUJER 2.<sup>a</sup> Duque ilustre y generoso,  
mira el llanto y la ruina  
de este tu pueblo piadoso;

mira con qué confusión  
al alcázar de Sión  
suben mujeres cargadas  
de sus hijos, las espadas  
temiendo del Macedón.  
¿Por qué el tributo negáis,  
pues no era tanto tesoro?  
Si acaso pobres estáis,  
tomar nuestras joyas de oro,  
pues nuestra sangre le dais.  
¿No veis que siempre en el saco  
es la furia más sangrienta,  
en dándose un pueblo a saco?  
JADOMientras su venida intenta,  
quiero ver si al cielo aplaco.

De rodillas.

¡Divino Dios de Israel,  
que del cuchillo cruel  
de Faraón nos libraste,  
que abriste el mar y mandaste  
que se cerrase con él!  
de Alejandro nos defiende,  
libra tu Jerusalén;  
detén el rayo que enciende  
el Asia, pues hoy también  
tu templo arruinar pretende.  
¡Libra tu pueblo, Señor!

Un ángel en lo alto.

ÁNGELJado, no tengas temor.  
JADOFurioso Alejandro viene:  
¿qué haré?, que desnuda tiene  
la espada de su rigor.  
ÁNGEL A toda Jerusalén  
harás vestir, y prevén  
palmas, ramos e instrumentos,  
y a recibirle contentos

salga la ciudad también.

Desaparece.

JADO ¿A un hombre sangriento y fuerte,  
que blasfemó por vengarse,  
recibir de esa suerte?

¿De qué servirá enramarse  
ni el ir cantando a la muerte?

Ahora bien, Dios lo ha mandado:  
no hay que replicar a Dios.

HIRCANO¿Qué te responde?

JADO He pensado

que faltarnos fe a los dos  
fuera soberbio pecado.

Venid, que Jerusalén  
se ha de vestir, y con ramos  
irle a recibir también.

HIRCANO¿Dios no lo manda? Pues vamos:  
música y palmas prevén.

Salga toda la gente de Alejandro, delante, en orden, y él detrás, armado.

ALEJANDRO;Soberbia Jerusalén,

sumo sacerdote Jado,  
cobarde Duque, vil gente,  
alcázar de David santo;  
gran templo de Salomón,  
fuertes puertas, muros altos,

mirad que llega a vosotros  
de Dios el ardiente rayo,  
la espada de su justicia  
y azote de su mano!

Alejandro soy, hebreos;  
agora veréis si paso  
vuestro arroyuelo Cedrón,  
yo que pasé mares tantos.

A Darío decís que dais  
tributo, a mi esclavo Darío,  
cuyas hijas y mujeres

traigo presas en mi campo;  
a Darío, que en Babilonia,  
entre mujeres hilando,  
está escondido de mí!  
¿Qué es lo que aguardáis, soldados?  
¡Fuego, armas, sangre, guerra:  
Jerusalén ha de quedar por tierra!

Salen los músicos, una danza de mujeres, el Duque, el sacerdote, y los que  
pudieren coronados de laurel, con palmas y ramos.  
Cantan:

Venga norabuena,  
con sus soldados  
a Jerusalén  
su rey Alejandro.

Apéase Alejandro en viendo al sacerdote, y échase a sus pies.

ALEJANDRO ¡Oh, soberano señor!  
Dame esos pies sacrosantos.  
EFESTIÓN¿Qué es esto, señor del mundo?  
¿Tú adoras pies de hombre humano?  
LISÍMACO¿Tú eras aquel que decías  
que hasta las niños de un año  
no perdonase el cuchillo?  
ALEJANDRO¿De qué os admiráis, soldados?  
Sabed que cuando salí  
de Europa desconfiado,  
y confuso de emprender  
un pensamiento tan alto,  
Dios me apareció en la forma  
que este sacerdote santo,  
con este mismo vestido,  
y así me dijo: «Alejandro,  
parte al Asia; que aquí estoy  
de tu parte, y con mi amparo  
serás su rey.» Pues si yo  
veo aquí la forma y hábito,  
de Dios, que esto me promete,

